Misterio en la noche de Reyes

Minna Gin

Fragmento

Personajes

También tienes los árboles genealógicos al final del libro y en minnagin.com.

Familia Clarimón

Sibila: sobrina nieta de Vicente.

Mia: hija de Sibila (seis meses).

Ramona: antepasada de la familia Clarimón.

Vicente: alcalde de Orsa.

Arnau: hijo de Vicente, primo lejano de Sibila.

Nanda: prima de Vicente, jubilada.

Rosa: dueña de la fonda de Orsa.

Familia Nart

Montse (también Bosch): dueña del supermercado, madre de Alba y de Esteban.

Esteban (también Bosch): adolescente aficionado a las novelas de misterio.

Alba (también Bosch): trabaja en todas partes, *instacleaner*.

Teo: dueño del bar Teo de Orsa, abuelo de Joel.

Joel: trabaja con su abuelo en el bar de Orsa.

Carmeta: hermana de Teo, prima de Jaume, jubilada.

Jaume: primo de Carmeta y de Teo, jubilado.

Familia Bosch

[Aparte de Esteban, Alba y Montse (también Nart)].

Eugenia madre: madre de Eugenia y de Xisco, jubilada.

Eugenia hija: farmacéutica.

Xisco: secretario del alcalde.

Las cadenas

«... debemos familiarizarnos con el uso de las cadenas antes de ir a la nieve».

—Bueno, para eso ya es tarde. ¿Verdad que sí, cariño?

Meció un poco a Mia para que ese puchero que anunciaba llanto no se materializara. Había dormido poco por la noche y estaba de mal humor.

—Enseguida nos vamos, te lo prometo.

«... lo que sí tenemos que tener en cuenta es si nuestro coche es tracción delantera, trasera o total».

—Estupendo, pues no tengo ni idea. Mami es una inútil.

Pulsó el botón de «pausa» del vídeo con un suspiro, dejando al señor de Autocasión con una mueca graciosa y los ojos a medio pestañeo. Abrió el buscador del teléfono: «¿Cómo saber la tracción de mi coche?». El frío empezaba a colarse en el interior del vehículo, así que se arrimó a la sillita infantil y apoyó la cara contra la de su hija, que soltó una risa tan adorable que borró cualquier rastro de irritación. Fuera, el viento arremolinaba los primeros copos de nieve que veía en años. Incluso en el aparcamiento de un área de servicio llena de camiones, aquella blancura muda le pareció preciosa.

—Anda, un 4×4 se llama así porque tiene tracción en las cuatro ruedas. Pues no había caído. ¿A que tú tampoco lo sabías? ¿A que no?

Mia soltó el biberón para reírse y Sibila con ella.

Sibila no era la clase de mujer que destacara por su apariencia, ni en el buen sentido ni en el malo. Solo la definía una única particularidad, que de entrada siempre pasaba desapercibida: una sonrisa amplia y franca le moldeaba la cara, embelleciéndola infinitamente. Para su gusto, los incisivos eran un pelín grandes, pero el efecto de esa sonrisa no habría sido el mismo con unos dientes proporcionados, al estilo de los anuncios de dentífricos.

Después de rebuscar entre la documentación de la guantera para averiguar que las ruedas motrices de su modelo eran las frontales, volvió a plantarse fuera con el móvil en una mano y las cadenas en la otra. Le dio al «play» de nuevo, pero no conseguía prestar atención; se preguntaba qué hacía allí, la víspera de Reyes, arrastrando a su hija a un pueblo del Pirineo en el que ella misma no había estado desde los siete

años. No recordaba a nadie, ni siquiera a su tío abuelo, que era quien la había invitado. Con lo calentitas que estarían en el salón de casa, en Barcelona, donde nevaba una vez cada diez años y nadie sabía nada de cadenas ni de neumáticos de invierno.

A su espalda, un hombre grande como un oso la sobresaltó.

—Perdona, ¿necesitas ayuda?

Cerró la puerta del coche y respondió con una sonrisa que era todo dientes.

—No, gracias. Ya casi estoy.

Mia empezó a berrear y Sibila resopló.

—Claro que sí, mujer. Si no nos cuesta nada. ¡Toñi! —gritó el oso, y una mujer con una permanente rubia de tres palmos, responsable de la mitad del agujero de la capa de ozono, se asomó desde detrás de un camión—. Ven, ayúdame.

En lugar del «Qué pasa» alargado perezosamente que tenía pensado soltar, Toñi oyó los balbuceos de Mia dentro del coche, frotó la ventanilla con la palma de la mano y no pudo evitar decir con voz aniñada:

—Uy, pero ¿a quién tenemos aquí? ¿Puedo? —le preguntó a Sibila.

Ella asintió al mismo tiempo que abría la puerta.

No es que fuera aficionada a las narraciones de sucesos, pero en los últimos años parecía imposible ir por el mundo sin oír historias de crímenes terribles e inverosímiles, aunque por desgracia muy reales. Así que en el tiempo que tardó en accionar la manecilla se imaginó a su preciosa hija secuestrada por aquel par de maleantes disfrazados de buenos samaritanos, que la criarían como si fuera suya. Al final, Mia acabaría trabajando de estríper en un bar de carretera de los cutres, vendiendo drogas y traficando con cachorros de razas caras.

A Sibila se le dibujó un rictus pétreo en la cara y decidió sacar a la niña de la sillita, envolverla en una manta y abrazarla muy fuerte antes de enseñársela a los dos presuntos delincuentes. Entretanto, valoraba la idea de salir corriendo.

—Pero qué monada de criatura —exclamó el Oso mientras le robaba la nariz—. ¿Dónde está? Mira, aquí. Te la he quitado, te la he quitado —canturreó.

—¿Qué tiempo tiene? —preguntó Toñi.

—Casi seis meses. Se llama Mia.

Como si la niña supiera que había llegado el momento de que esos dos se pusieran a trabajar, gimió y frunció la cara.

—Tiene sueño la pobrecita —opinó el Oso.

—No, ese llanto es de hambre. Es igual que el de la Lorena, ¿no te acuerdas?

La cuestión se zanjó con un pedo resonante y el consiguiente hedor a pañal sucio.

Toñi cabeceó en dirección al restaurante.

—En los baños hay cambiador —dijo.

—Cierra el coche y vete tranquila —insistió el Oso al verla dudar—, que te dejamos esto listo en un periquete.

Media hora después, con la barriga llena de café y tostadas, Sibila se despedía de varios camioneros más que se habían unido a su mesa. Insistió en pagar el desayuno, pero ellos amenazaron a la camarera si se atrevía a cobrarle algo.

—Ni hablar, que los bebés salen carísimos —dijo el Oso.

—Esta cosita lo necesita todo. ¡Y más si una está sola! —añadió Toñi, que le había sonsacado el resumen de su vida.

—Adiós, preciosura, adiós —se despidió un hombre con un implante de pelo reciente del que había dado numerosos detalles en menos de tres minutos.

—¡Que lo paséis muy bien en el pueblo! —gritó la camarera ondeando la mano en el aire.

Aunque sentía que no era justo, agradeció la invitación. Desde que era madre soltera y estaba en el paro, analizaba con cuidado cada céntimo que salía de su bolsillo.

—Como puedes ver, no todos los desconocidos son psicópatas, ¿vale? —le dijo a Mia mientras aseguraba la sillita—. Aun así, es mejor ser prudente. ¿Lo entiendes?

—¡Da-da-ba-maaa-ña-ña-bá!

—Así me gusta.

La invitación

Fue en medio del funeral de su abuelo Quintín. Mientras se sonaba la nariz, su tío abuelo Vicente la invitó a hospedarse unos días en su casa de Orsa, pero lo que de veras le chocó a Sibila fue el parecido familiar.

La nariz larga y el porte elegante de Quintín habían dado lugar a una broma privada, y siempre que se vestía de domingo lo llamaban «el Príncipe de los Pirineos». Cada vez que se compraba una corbata nueva o cualquier complemento —a los que era muy aficionado—, preguntaba divertido: «¿Es lo bastante aristocrático?». La única

diferencia evidente entre los dos hermanos eran los ojos: los de Vicente, de un marrón uniforme, y los de su abuelo, de un verde con motas marrones que cambiaba de color según la estación.

Y, más aún que el aspecto, le gustó oír el característico acento de montaña, cerrado y a veces cortante, pero al mismo tiempo tan familiar y natural como volver a tener a su abuelo delante.

El hombre tuvo que extender de nuevo la invitación, a lo que ella respondió con todas las excusas y los puntos suspensivos que se le ocurrieron para rechazarlo con amabilidad: «Uy, no sé, es que con la niña es un lío», «... Y el trabajo, claro» (aunque estaba en el paro), «... Si eso, más adelante lo vemos». Entonces Mia no había cumplido los cuatro meses, y la idea de alejarse de sus padres, que habían sido su mayor apoyo, la horrorizaba de una manera que no podía explicar. Incluso dos meses después, de camino a Orsa la víspera de Reyes, la seguía aterrando quedarse sola con su hija, sobre todo de noche.

Tener a Mia no había sido una decisión meditada. De hecho, Georg, el padre, no sabía que tenía una niña que había heredado sus hoyuelos. Él y Sibila habían disfrutado de tres meses de romance impulsivo, pero con la fecha de caducidad estampada en la relación desde el primer día. Él iba a volver a Hamburgo antes de Navidad y nunca valoraron una continuidad, al menos no en voz alta. Aunque se despidieron en términos amistosos, ella vivía con el temor de encontrárselo por casualidad y que descubriera que le había mentido con respecto a la interrupción del embarazo.

—¿A qué viene que te invite de repente? —se escandalizó su hermana Alma cuando se lo contó aquella tarde.

En realidad, se llamaba Almodis, sus padres lo tomaron de una reina medieval, pero jamás respondía a ese nombre.

—Que nos invite, dirás. Porque me ha dicho que le encantaría que fueras tú también, pero no ha tenido oportunidad de decírtelo.

—Quita, quita. Seguro que es un chalado. Por eso el abuelo le retiró la palabra.

—Pues a Mia le ha gustado, y sabes que es superselectiva con la gente. Le ha reído todas las gracias y eso no se lo hace ni a papá.

—Claro, el juicio de una personita de cuatro meses es algo a tener en cuenta. Oye —dijo dirigiéndose a la pequeña—, ya que te tengo aquí, ¿qué deberíamos hacer para solucionar el cambio climático, la guerra, el hambre y la pobreza? Espera, que voy a poner en marcha la grabadora para no perderme nada. Esto tiene que quedar para la posteridad.

—Me temo que te falta la piedra de Roseta de los balbuceos —se rio Sibila—. De todas formas, no sabemos qué pasó entre ellos. ¿Y si la culpa fue del abuelo? A lo mejor la abuela empezó a salir primero con el tío Vicente.

En el pueblo, la costumbre dictaba que todos los mayores de la familia eran tíos y los más jóvenes eran primos, daba igual si lo eran de primer grado, de segundo o parientes políticos.

—Anda, mírala ella, hablando mal de los muertos, y el día del entierro nada menos. Tienes suerte de que los fantasmas no existan o el abuelo te atormentaría una buena temporada. Y con razón.

—No digas eso, tía. Me sabe fatal que Mia no tenga ningún recuerdo de él —se lamentó.

—Ya lo sé, tonta. Pero nosotras se lo contaremos todo.

Las hermanas se abrazaron y Mia reclamó su lugar de honor con unos gritos que exigían comida y mimos.

Orsa

Sibila había olvidado la cantidad de curvas que precedían al valle de Orsa, y encima pegadas a un barranco al que no se le veía el fondo.

Mia lloraba como una descosida y ella misma estaba a punto de hacerlo. «Ya, cariño, ya», iba diciendo todo el rato como si recitara un mantra. De vez en cuando alargaba la mano hacia atrás para acariciarle las piernecitas regordetas durante un segundo, antes de devolver la mirada a la carretera, pero la niña no se calmaba. Allí no había sitio donde detenerse. La tormenta de nieve estaba espesando el aire y apenas veía nada a más de quince metros.

Después de una hora y media de llantos intermitentes y conduciendo a veinte kilómetros por hora, al fin divisaron el cartel: bienvenidos a orsa. Aquello sí lo recordaba: aunque brumoso, se adivinaba el tramo largo de carretera recta alrededor del que se había construido el pueblo. En sus mejores tiempos no había tenido más de cien habitantes.

En el primer hueco que vio detuvo el coche y se volvió hacia la niña, que en ese momento dormía tan tranquila, con los mocos colgando y cara de angelito.

—Tienes suerte de ser tan mona —le dijo.

Desde el nacimiento de Mia, Sibila había comprendido que los bebés no son adorables porque sí. Estaba segura de que era una condición de supervivencia

indispensable para que sus padres olvidasen que los había hecho llorar de frustración y desespero cinco minutos antes.

Cogió el móvil para mandar una foto al grupo familiar, en la que aparecía la niña babeando en la sillita. «¡Hemos llegado!», tecleó a continuación. Sin embargo, los mensajes no se enviaron. Movió el teléfono en el aire, pero seguían pendientes. Estaba claro que en aquel punto no había cobertura. Supuso que, si no la había en todo el pueblo, al menos su tío sí tendría wifi.

Suspiró y arrancó el coche de nuevo.

Ya no podía echarse atrás. No solo porque se había comprometido a ir, sino porque la idea de volver por esa carretera en medio del temporal era la peor de las torturas imaginables. Había envejecido diez años en la última hora y media.

A unos cien metros, entre la niebla, se adivinaba la casa de sus ancestros.

Aquello parecía un pueblo fantasma, ni siquiera los vecinos se atrevían a salir. A pesar de todo, en medio de la carretera desierta, le pareció distinguir una figura que se alejaba andando justamente de la casa a la que ella se dirigía.

El viaje hasta allí le había devuelto a Sibila recuerdos lejanos, olvidados durante décadas, que de repente era capaz de evocar con un vigor inesperado. Conservaba el olor de la piedra fría en la memoria, las paredes gruesas y los profundos alféizares de las ventanas.

—Mira, preciosa —le dijo a Mia, aunque la niña continuaba dormida con la cabeza apoyada en su hombro—. Aquí crecieron muchos de tus antepasados. El señor que vive ahí es tu... —No estaba segura del parentesco, así que modificó el discurso—: Bueno, el hermano de tu bisabuelo. Pero no te preocupes, cuando puedas hablar, lo llamarás tío y ya está. Es el alcalde del pueblo, ¿sabes?

Tomó el aldabón helado, pero no le hizo falta golpear la puerta.

—¡Menuda tormenta! —Su tío abrió la puerta con la mano en el pecho y un gesto de alivio—. Empezaba a preocuparme. —Al darse cuenta de que la niña dormía, bajó el tono enseguida, pero Mia ni siquiera se había movido pese a sus exclamaciones; al parecer los veinte kilómetros de intensa llorera la habían dejado agotada. Él sonrió y le acarició la mejilla colorada con el dorso del dedo índice. A Sibila le dio un beso y una especie de medio abrazo—. Me alegra que por fin hayáis llegado —añadió en un susurro.

—A mí también —respondió Sibila, maldiciendo por dentro los Pirineos, el invierno y toda la nieve del universo.

—Adelante, adelante. Voy a por el equipaje.

Sibila esperó en el vestíbulo, algo incómoda. El calor era agradable, pero iba demasiado abrigada para estar en el interior de la casa, y pronto se derritió la nieve que se le había acumulado sobre los hombros y el pelo. Se sentía como si le hubieran escurrido una bayeta en la cabeza.

Echó un vistazo a su alrededor para tratar de distraerse. Le gustó la ristra de lucecitas con que su tío había decorado la escalera, pero le costaba concentrarse en la casa. No tenía dónde dejar a Mia y no se atrevía a entrar y explorar. En la consola de la entrada había un belén tradicional con figuras de cerámica. La mayoría eran del mismo estilo, pero el pozo y algunos de los pastores eran demasiado pequeños. Sonrió al ver que los tres Reyes Magos estaban muy cerca del niño Jesús. ¿Los habría ido moviendo un poco cada día, como mandaba la tradición?

El día del entierro, el tío Vicente había sido un borrón que le hacía monerías a su hija y le proponía unas vacaciones que no le apetecían. Pensó que solo lo conocía por anécdotas que le habían contado, pero no recordaba nada vivido en primera persona hasta que lo tuvo delante otra vez, sonriente, clavado a su abuelo, cargado con la cuna de viaje y dos maletas, listo para subirlo todo de una vez al piso de arriba. Entonces, como en un destello, lo vio con treinta años menos en esa misma escalera, con una cámara en la mano, grabando las obras de teatro que todos los primos se inventaban por la mañana y por la tarde representaban para la familia.

—No te quedes ahí, esta es tu casa. Ven, que te enseño vuestra habitación.

Se adelantó escaleras arriba, y ella lo siguió con Mia en brazos y una mochila colgada al hombro. Llevaba varios regalos para abrir a la mañana siguiente, la mayoría para Mia. A su tío le había comprado una corbata. Puesto que era alcalde, supuso que debía de ir trajeado a menudo, aunque quizá en un pueblo tan pequeño el protocolo era más laxo. Por si acaso, llevaba también una botella de vino que, según el hombre de la bodega donde la había comprado, era de una de las mejores añadas del siglo. Aunque odiaba andar contando el dinero, ella solo sabía que le había costado cuarenta euros.

Le llamó la atención el resplandor de unas luces intermitentes a través de las puertas de cristal esmerilado que daban al salón. Sonrió con tristeza al imaginarse a su tío poniendo un gran árbol de Navidad solo. Sabía que tenía un hijo algo mayor que ella llamado Arnau, así que tal vez Vicente tenía nietos y lo había compartido con ellos.

—La puerta del fondo es el baño. En la fonda me han prestado una bañera para bebés, una trona y una cuna, pero veo que has venido preparada —dijo señalando la cuna de viaje que él mismo había cargado—. Usa la que te venga mejor, por mí no te apures. Quiero que estéis cómodas.

—Muchas gracias. —Tras una breve pausa, Sibila preguntó—: ¿Este es el cuarto en el que nos juntábamos todas las primas?

—¡Sí! —exclamó él con un brillo emocionado en los ojos—. No sabía si te acordarías. Todavía tengo los plegatines en el desván.

—Debíamos de armar una algarabía tremenda —se rio Sibila.

—Bah, nos lo pasábamos estupendamente. Ahora está todo demasiado silencioso. —Echaron un vistazo a la habitación sin decirse nada—. Bueno, os dejo para que descanséis un poco, aunque me parece que esta chiquilla te lleva la delantera. —Sonrió a Mia inclinando la cabeza y miró por la ventana—. No creo que tarde en amainar, la tormenta fuerte no va a llegar hasta mañana. Si quieres, podemos salir a estirar las piernas antes de comer —añadió sosteniendo el pomo de la puerta—. Yo estaré en el despacho. Es la primera puerta a la…

—A la derecha, lo recuerdo.

El despacho ya estaba allí cien años atrás, cuando el bisabuelo de Sibila llevaba las cuentas de medio valle. Siempre había sido un espacio vetado a los niños. Sonrió al recordar las veces que habían planeado incursiones secretas para echar un vistazo.

No tuvo que hacer ningún esfuerzo para rememorar más anécdotas, acudían a ella como un torrente.

De niña, mientras jugaba con sus primos en el pequeño prado que se extendía entre la iglesia y el río, o iban a la piscina a pasar la mañana, los mayores pescaban truchas. Algunos días volvían con la cuba rebosante y todo el mundo se llenaba el buche de pescado a la brasa. Eso sí, con demasiadas espinas. Una vez se le quedó una clavada en la garganta y, tras una hora de agonía comiendo miga de pan para librarse de ella, alguien consiguió extraerla con unas pinzas. ¿Quizá fue el tío Vicente? Y aquella vez que se raspó la rodilla, ¿quién le había echado medio bote de Mercromina? No, de eso se acordaba, fue una mujer, ¿puede que la tía Dolores? ¿O se llamaba Encarna? No sabía qué había sido de ella ni si seguía viva. Ni siquiera estaba segura de cuál era el parentesco que las unía.

Dejó a Mia en la cama y se tumbó a su lado. La tensión en la espalda le hizo soltar un quejido, pero era un dolor agradable, como el que da al presionar una muela contra la encía inflamada.

Una discusión

No se dio cuenta de que estuviera quedándose dormida, y tampoco de los sueños que se sucedieron en cuestión de minutos. Las cosas más absurdas le parecían tan naturales que se inclinó en una profunda reverencia ante un potus flotante que gobernaba el mundo. Llegado el centenario de su reinado, el potus le pidió a un helecho que obsequiara a sus súbditos con cosquillas en el antebrazo, y el helecho se afanó en cumplir la misión hasta que Sibila se despertó y se incorporó de repente

temiendo que Mia se hubiera dado la vuelta. Hacía unas semanas que había empezado a balancearse y, el día de Navidad, en el cambiador casi hubo un incidente que podría haber acabado con la niña aterrizando en el suelo. Por suerte, Sibila se había girado a tiempo para cogerla en el aire. Mia se había reído mucho, porque le había hecho cosquillas justo donde más gracia le hacía, pero a su madre casi le había dado un infarto.

Vio que la niña estaba a salvo en medio de la cama, durmiendo. Había sido ella quien le había rozado el brazo al estirarse y no un helecho parlante. Sonrió para sí y la taquicardia empezó a remitir hasta que oyó que alguien gritaba en el piso de abajo.

—Eres una rata —escupió una voz grave.

No entendió la respuesta de su tío, aunque percibió un tono conciliador.

Comprobó que Mia continuaba dormida y se acercó a la puerta para entreabrirla. Apenas le dio tiempo a asomarse antes de oír el portazo que dio el desconocido al marcharse y luego también a su tío encerrándose en el despacho. Ella hizo lo mismo y, con cuidado de no hacer ningún ruido, se tumbó junto a la niña. Cuando dormía, los mofletes se le volvían especialmente suaves y apetitosos, como dos melocotones en el punto álgido de la temporada. Sibila sonrió y le dio un beso delicado en la cabeza.

En momentos como ese, la asaltaban siempre las mismas dudas. ¿Era cruel por su parte privar a Georg de esa visión angelical? O, peor aún, cuando Mia fuera mayor, ¿cómo se sentiría sin un padre?

Respiró hondo y pensó en bajar a ver a su tío, pero no quería que creyera que había oído a aquel hombre llamarlo «rata» y que se sintiera obligado a dar explicaciones, así que decidió esperar hasta que la pequeña despertara.

Comprobó que los mensajes del móvil seguían sin enviarse. Le tomó un par de fotos más a su hija, con una sonrisa boba. «Qué ricura de niña», se decía pasando imágenes de Mia riendo, durmiendo, boca abajo con la cabeza levantada, vídeos de carcajadas o haciendo la croqueta. Antes, su galería fotográfica consistía en exposiciones, capturas de memes y de recetas nuevas, quedadas con amigos y familia; ahora, en cambio, era un monográfico de su bebé.

—En media horita estará lista la comida —le dijo su tío después de darle la contraseña del wifi de la casa y la del pueblo. Estaba orgulloso de haber conseguido que hubiera internet en todo el valle—. ¿Por qué no dais una vuelta ahora que no nieva? Mientras tanto calentaré el estofado y acabaré de hacer cuatro cosas.

—No, tranquilo. Podemos salir después. Te ayudo en la cocina.

—Ni hablar, señorita. Eres mi invitada. Tú estás de vacaciones, así que a disfrutar. Seguro que esta chiquitina no ha visto nunca la nieve —dijo dándole unos toques en la nariz con el dedo.

Aquella insistencia en que fueran a dar un paseo la contrarió. Además, cuando habían llegado, hacía una hora, él había dicho que irían los tres. Enseguida detuvo el hilo de reproches: era lógico que su tío quisiera estar a solas después del incidente con el desconocido. Tal vez habían bajado de la habitación demasiado pronto y no le habían dado tiempo suficiente para digerirlo. Después de todo, a ella tampoco le gustaría que alguien se presentara en casa para insultarla y, a continuación, tener que hacer como si nada.

Sin oponer más resistencia, se abrigaron y salieron a la calle.

Un paseo

A pesar de que no había salido el sol, la niebla se había disipado y la luz era brillante; cegadora, incluso. Tardó un minuto en acostumbrarse y vio que Mia se arrebujaba contra su pecho con los ojos entrecerrados. Le hizo pantalla con la mano para aliv